nuestros insignes teólogos, filósofos, juriconsultos, matemáticos, alquimistas y artistas que al amparo de los Monarcas enriquecieron al mundo con su saber y sus invenciones, tales como las del venerable Raimundo Lulio, que inventó la brújula y fué el primero en aplicar la química á la medicina, y probó la existencia del Nuevo Mundo cerca de tres siglos antes que lo descubriese Colón.

No hay tiempo para pensar en aquella España cuyo portentoso ingenio lo mismo creaba los Lugares Teológicos y la Filosofía del derecho con Cano y Soto, que más tarde inventaba la Taquigrafía con Francisco Martí; ni en los mil y mil españoles celebérrimos que una vez hallando la circulación de la sangre con Servet en sus buenos días, otra inventando la locomoción por el vapor con Blasco de Garay, otra sentando los verdaderos principios de la la Frenología con Huarte, otra determinando la corrección del calendario con el P. Claudio, otra inventando el nonio con Juan Núñez, otra creando la enseñanza de los sordo-mudos con Fray Ponce de León, otra inventando el acero, otra la telegrafía y así sucesivamente, fueron el pasmo del mundo y son la irrisión del liberalismo infecundo que nos ha convertido en liliputienses.

Mas lo que un pequeño discurso no puede decir dícenlo los museos arqueológicos y las exposiciones históricas, como la última celebrada en Madrid.

Unos y otras dan testimonio de que, así como en la antigüedad España surtía de naves á Roma, así en el siglo XIII surtía de armas á muchos pueblos, y en el XIV y XV extendía por toda Europa sus magníficas telas de lana desde la industrial Cataluña, y en el XVI sus soberbios tejidos de hilo, seda y oro y sus manufacturas de vidrio y de cristal, superiores á las de Venecia.

Entonces España era el emporio de la industria y del comercio, lo mismo que la maestra universal de

las ciencias y las artes, y estaba cansada de ir á la cabeza de los pueblos industriosos cuando Francia comenzaba á serlo é Inglaterra no lo había soñado.

III.—Las guerras seculares posteriores á la Reconquista empobrecieron el Erario público, pero la prosperidad reinaba en el pueblo, y nuestra moneda se cotizaba con prima en todos los mercados del mundo.

Entonces no trabajaba el obrero más que unos doscientos treinta días al año, y ganaba una suma anual que hoy giraría entre mil quinientas y dos mil pesetas. Ahora, en tiempos de libertad y progreso y con haber suprimido muchos días festivos, el obrero trabaja al año trescientos sesenta días, ó los trescientos sesenta y cinco tal vez, y ya se daría por contenta la mayor parte con ganar un salario anual de mil pesetas.

Los vientos de Fronda salvaron los Pirineos y llegaron hasta la Corte, y á veces soplaron con violencia; mas no reclamaron á ningún Condé ni pudieron cerrar al mérito de los pobres la puerta de los grandes destinos.

Aquí no tuvimos reyes monopolizadores ni déspotas que dijesen «el Estado soy yo», ni tiranos que hablasen á las Cortes en traje de caza y con el látigo en la mano; aquí tuvimos reyes como D. Juan I, que en 1379 sometía la Autoridad Real á los Consejos y á las Cortes con su célebre ley del *obedézcase y no se cumpla*, y Cortes cuyos Procuradores sabían decir al Monarca que «separados eran tanto como él y juntos más que él».

Aquí tuvimos un Felipe II, el coco de los hipercríticos de la historia, que vivía con la pobreza de un monje y pleiteaba como particular ante el Justicia de Aragón en defensa de sus derechos; un Felipe IV, que para ver de cerca y proveer á las necesidades de sus pueblos, celebraba Cortes á los valencianos en Valencia, á los catalanes en Barcelona, á los aragoneses en Barbastro, y cargaba la conciencia de los Consejeros de

Castilla si no replicaban á sus reales órdenes cuando no las creyesen justas; un Carlos II que comía mal y vestía peor y de su débil carácter sacaba energías para oponerse á las insensateces de algunos grandes, como D. Enrique el Doliente, declarándose á veces contra ellos en campaña abierta del mismo modo que contra el poderoso Luís XIV.

Mas ¡ah! todo aquello pasó, dejándonos un recuerdo vaporoso como una ilusión. El pueblo, sin cuenta con el dicho, *can que mucho lame saca sangre*, olvidando lo pasado y creyendo que en adelante escupiría doblones y sería amo y dueño de este mundo y del otro, se dejó lamer por el can liberalismo; ó por mejor decir, creyó á los escuderos de Guadalajara, cuyo Pegaso liberal había de hacer brotar á cada coz una fuente Hipocrene, y adoró el paño de lampazo con que aquellos malandrines cubrían la bestia acoceadora.

Populus meus mutavit gloriam suam in idolum. Sí, todo aquello pasó: los Reyes á cuya sombra paternal subían los pobres de la sopa de los conventos á los Consejos de la Corona, mientras los próceres solían bajar al calabozo ó al cadalso, como D. Alvaro de Luna y D. Rodrigo Calderón; los Reyes como el gran Felipe II que castigaba enérgicamente al inmortal caudillo Duque de Alba porque había protegido un desaguisado, cesaron para que viniesen á brutalizarnos déspotas insufribles como Fernando VII, que ni celebró Cortes legítimas, ni tuvo Consejos, ni observó leyes, ni dejó tiranía por probar, ni ruína por traer; y como el liberalismo que entronizó á los descendientes de aquel tirano para cegar él todas las fuentes de riqueza y hacernos morir de inanición, sin más Dios ni más ley que su vientre: *quorum Deus venter est.*

Aquellos reyes que eran el brazo derecho de la Iglesia y los árbitros del mundo, cesaron, sí; pero el pueblo que á tenerlos tan grandes estaba ocostumbrado, el pueblo que con sus grandes reyes anduvo

siempre á la cabeza del progreso, quiere volverlos á tener grandes como sus destinos, y los tendrá; porque los legítimos y constantes deseos de un gran pueblo, por ley de la historia se cumplen tarde ó temprano.

Quiere España un rey como lo quiso siempre, esto es, cortado según el Corazón de Cristo; un rey que entronice en el solio español la democracia de la Cruz; un rey que fomente todos los legítimos progresos morales y materiales. Dios le ha prometido ese rey, y ella lo tendrá. El Gran Monarca llega.

CAPÍTULO X

VARIOS

CAPÍTULO X

VARIOS

I

Los enviados de Dios.

Costumbre es de la vanidad humana manifestar cada uno su saber á los ojos de los demás, con alardes de omniscencia y ansias de ser por todo el mundo admirado.

Los enviados de Dios no conocen esa costumbre. A Santo Tomás de Aquino llamábanle sus condiscípulos «Buey mudo», reputándole casi idiota; y aquel Buey mudo dió un mugido tan fuerte, cuando llegó su hora, que según había predicho San Alberto Magno, resonó por el mundo á través de los siglos, y seguirá resonando hasta el fin de ellos.

La misma época de Santo Tomás nos ofrece otro ejemplo notabilísimo. Había entonces un frailecito Menor, tan pobre de talento en concepto de sus hermanos, que le tenían por mentecato y no pocos le despreciaban. La desestimación que á todos inspiraba llegó á tal punto, que no hubo Guardián que lo quisiera por súbdito. Era portugués, natural de Lisboa, y llamábase Fray Antonio.

Pues Fray Antonio, cuando llegó su hora, derramó en el mundo tanta luz de sabiduría infusa, que

fué un pasmo universal, y sigue siéndolo, y lo será mientras el mundo no acabe; y obró milagros tan estupendos, en confirmación de su doctrina, que con razón es tenido por el magno de los Taumaturgos.

Aquel frailecito despreciado, es hoy «el Santo de todo el mundo», Padre de los pobres y Modelo de los ricos, consuelo de los que poco saben y maestro de los que saben mucho: San Antonio de Padua.

Así son los enviados de Dios. Así fué el divino Modelo de todos, considerado hijo de un artesano, ignorante y pecador, hasta que llegó su ora de evangelizar á los hombres.

(*Luz Católica*, núm. 37=13 Julio 1901).

II

Sabios de Dios y sabios del mundo.

Un pintor aficionado y muy devoto de Santa Brígida, que se llamaba Eurico, contaba en presencia de unos doctores muchas cosas de sus revelaciones y santidad. Díjole uno de los doctores: «Si no dejas de hablar de esa herejía y de los libros de esa vieja, te tengo que hacer quemar». Quiso ponerlo en ejecución, y citóle para ello. Aconsejóse el pintor con un clérigo, devoto también de la Santa; persuadióle éste que no dejase su devoción, y que no dudasen, que él y otro sacerdote rogarían á Dios por el feliz éxito. Hiciéronlo así, y á la mañana pareció ante la justicia el pintor, para que siendo convencido, fuese castigado como hereje. Pero este hombre seglar y sin letras, fortalecido por el Espíritu Santo, por las oraciones de Santa Brígida, en cuyo favor estaba combatiendo, de tal suerte y con tal eficacia hablaba de las maravillas de Dios, que no podían resistirle sus contrarios. Poco

después el Señor Dios de las venganzas castigó al principal autor de esta borrasca, porque acostándose sano, amaneció muerto, y tan hediondo, que no había quien entrase donde estaba, y de sólo tocarle con la mano se salían los pedazos de carne; alquilaron unos letrineros para que lo llevasen á enterrar, y después dijeron que si hubieran sabido que hedía tanto, que no lo llevaran, aunque les dieran doblado el dinero.

Un doctor de la Orden de S. Francisco iba á ver unos amigos á la ciudad de Stolpe, y juntóse con el clérigo que había aconsejado al pintor, y se llamaba Valten, el que por el camino comenzó á decir grandes cosas de Santa Brígida y de sus revelaciones. Díjole el doctor que dejara de hablar de esa vieja, de sus supersticiones y nuevas herejías. Entraron en la ciudad, y después de festejado y regalado por sus amigos el doctor, yéndose á acostar cayó por una escalera alta, y se despeñó por castigo de Dios, y espiró luego.

Un gran letrado de la Orden de Santo Domingo, de tal manera se encolerizaba contra las revelaciones de Santa Brígida, que decía á voces que habían de ser quemadas; y á los religiosos que la Santa había puesto en su monasterio, y á las monjas, los llamaba con afrentosos nombres. Dióle un maestro seglar las revelaciones de Santa Brígida, para que leyéndolas mudase de parecer: pero no quiso hacerlo, ni tomar el sano consejo que le daban, y así le dijo el maestro seglar: «Mucho temo que Jesucristo ha de vengar este agravio que á El y á su Santa hacéis en cotradecir con tanta pertinacia cosas tan santas como son estas». Y con esto se apartaron, y al momento comenzó Dios á castigar al fraile dominico; llenóse de lepra, que nadie de todo el convento se atrevía á comer ni á conversar con él, ni había quien le quisiera servir, y de esta suerte vino á morir miserablemente. Cuán peligrosa cosa sea murmurar de Santa Brígida ó contradecir sus revela-

ciones celestiales, se puede colegir de estos tres milagros dichos, y de lo que se dice en el lib. VI, caps. 90 y 92, pues Dios castiga con tanto rigor á sus émulos y contrarios.—(Revel. de Santa Brígida.-Prólogo).

(*Luz Católica*, núm. 32=9 Mayo 1901).

III

Desgracia providencial.

Todas las naciones han tenido, con raras excepciones, dinastías de sangre nacional, reyes salidos de la nación misma, no venidos del extranjero con inclinaciones, costumbres, miras é intereses extranjeros. La mayor excepción de la Historia es España: España ha tenido casi siempre dinastías extranjeras.

Ha sido una desgracia nacional incalculable, inmensa, colosalmente funesta para nuestro señorío y nuestro progreso; pero una desgracia providencial, como saben todos los buenos conocedores de nuestra historia. Esta desgracia se acaba: un Rey genuinamente español está para aparecer. ¡Confiemos en Dios!

(*Luz Católica*, núm. 20=14 Febrero 1901).

IV

Los tiempos han llegado.

La manifestación del sentimiento general acerca del siglo XX no puede ser más consoladora. Tanto los periódicos como los particulares, todos se prometen una próxima y feliz regeneración social y religiosa. ¿Quién ha puesto en el corazón de los hombres

este común sentir? La lógica natural que es una especie de luz infusa, aquella luz del rostro de Dios que David vió señalada en los hombres. *Vox populi, Vox Dei.*

Esto es un argumento poderoso en favor de lo que venimos anunciando acerca de la restauración general. Nos ocuparemos del tiempo probable en que se ha de hacer; por de pronto, conste que, sin darse cuenta, todos vienen á decir con el ilustre autor de las *Veladas de San Petersburgo:*

«Ya no hay religión en el mundo, y el género humano no puede permanecer en este estado. Además, tremendos oráculos anuncian que *los tiempos han llegado ya*».

(*Luz Católica*, número 14—3 Enero 1901).

V

Síntomas.

Comprendemos por qué hay tanto periódico liberal que desea que España abandone la cuestión de Marruecos. Quisieran más bien que Marruecos conquistase á España y nos hiciésemos todos moros; así como suena. Por otro lado, nos parece una «casualidad» muy providencial que se haya consagrado solemnemente la gran Basílica en la cuna de nuestra Reconquista, cabalmente ahora que tanto se desarrolla la admiración liberal por los árabes y moros. Formándose están actualmente, sin darse cuenta exacta, dos ejércitos que ya se miran frente á frente y se aprestan á luchar: el ejército de la Cruz y el de la Media Luna. Perdimos el Guadalete; la morisma liberal nos invadió y dominó; pero en Covadonga se levanta la Basílica de Nuestra Señora de las Batallas...

Se ha verificado su consagración solemne. Es al

fin una hermosa realidad aquel pensamiento del ilustre cardenal Sanz y Forés, con tanto entusiasmo acogido y á fuerza de admirables constancias y de verdaderos sacrificios realizado. Decir Covadonga es nombrar la gloria más pura de la raza, el timbre que más la enaltece, el blasón que más la honra; en las grietas de esas montañas renació, como la parietaria, regada con sangre de héroes y de mártires, la Monarquía castellana, que en tremendo batallar de siete siglos coronó con la cruz de Cristo todas las almenas y transformó la España del Guadalete en la España de Garellano y de Pavía, y la corona de espinas de don Rodrigo en la corona de flores de los reyes católicos.

No creíamos que hubiese nadie capaz de renegar de progenie tan ilustre, y menos aún espíritus tan sectarios que llegasen á ofender la memoria de los que realizaron las homéricas hazañas de la independencia. Sin embargo, de todas maneras imaginables y en todos los tonos han significado los periódicos que son genuínos representantes de la escuela liberal, el disgusto que les ha proporcionado el hecho de que se levante una basílica para honrar la gloriosa empresa de Pelayo en Covadonga.

«Que hace ya mucho tiempo de la reconquista para que su recuerdo entusiasme á nadie»; «que no fué gloriosa una empresa que necesitó ocho siglos para rematarse», y finalmente (esto es lo más gordo), «que lo hizo muy mal Pelayo en levantarse contra los moros, y muy mal los españoles que le siguieron, porque lo que hubiera convenido á España era someterse dócilmente á la morisma, constituyendo así un imperio mahometano que quizá fuera hoy más floreciente y poderoso que el de los turcos en Constantinopla». «¿Qué henos sacado—pregunta uno de esos periódicos—con echar de España á los sarracenos? Pues tener que aguantar é los jesuítas. Entre los moros y los jesuítas preferimos á los primeros». Y ténga-

se en cuenta que ese mismo periódico decía no ha mucho que la Compañía de Jesús era una institución de origen mahometano; con lo que, francamente, no se comprende cómo piensa ahora que se hubiera librado de jesuítas estando sometido á los que, según él, los fundaron.

Pero, dejando aparte estas necedades sectarias, fíjense nuestros lectores en cuál es el criterio liberal para juzgar el hecho, no sólo más glorioso, sino más fundamental de nuestra historia.

Y ese criterio es constante, y se manifiesta siempre que hay ocasión para ello. No hace muchos años que un periódico liberalísimo de Málaga protestaba contra la fiesta que allí se celebra para comemorar la reconquista de la ciudad por los Reyes Católicos. «¿A qué celebrar esto?—preguntaba.—La denominada reconquista de Málaga no fué otra cosa sino que Málaga perdió su independencia y libertad».

Y el mismo, exactamente el mismo criterio con que juzgan nuestras seculares luchas con los sarracenos, es el que usan para juzgar la lucha, también secular, que sostuvo España contra los protestantes, y la que en el siglo pasado mantuvo, durante seis años, contra Napoleón I.

¡Oh Rey destinado por Dios á expurgar nuestro suelo de tantos impíos! ¡Oh gran Monarca de los Profetas! ¿Cuándo aparecerás? ¿No eres tú, según los Profetas, el que debe acabar con toda la morisma, con la de hecho y con la de afición? ¡Ven pronto, ven, antes que un nuevo Don Rodrigo pierda la Patria y sea entregada á los moros nuestra herencia!

(*Luz Católica*, núm. 51=19 Septiembre 1901).

VI

Otros síntomas.

Anunciábamos en los comentarios al profeta Esdras, que antes de caer Alfonso XIII desaparecería de las esferas de gobierno hasta la sombra de catolicismo; que ya no habría catolicismo-liberal, sino liberalismo á secas. He ahí una predicción que todavía no se ha cumplido de lleno, pero que está empezando á cumplirse.

Para comprenderlo, no hay que fijarse en los nombres más ó menos bonitos que los hombres de la situación quieran emplear, sino en sus hechos; y sus hechos van agravándose y aquella sombra de catolicismo liberal desvaneciéndose.

Todos nuestros lectores saben lo sucedido con motivo de la peregrinación al Santuario de Begoña. Ha sido la última y más terminante prueba de que los republicanos, libertarios, anarquistas y masones de todas las cataduras tienen en España amplia libertad para celebrar *mitins*, manifestaciones y demás, despotricando de la manera más *liberal* que á Lucifer pudiera venir en ganas, y alborotando ciudades como blasquistas y sorianistas alborotan á Valencia. Y no sólo no se les cohibe eficazmente, sino que en el seno mismo del actual gabinete se levanta un ministro á defender la propaganda desenfrenada de tales hombres.

Pero van los católicos, sin ofensa de nadie y con la paz de Dios, á rendir un público testimonio de amor á nuestra Madre Celestial; atraviésanse en su camino unos cuantos foragidos, que fían su impunidad al *sectarismo* de un gobierno llamado católico; y lejos de recibir el castigo que la más infame de las agresiones merece, lejos hasta de considerárseles culpados,

culpan á los católicos, acusándoles de fanáticos, retrógrados, facciosos, perturbadores del orden público, violadores de la... *¡conciencia pública!*

¿Y el artículo XI de esa «ley» que pasa por ser «constitución»? Es un artículo católico-liberal, y de ese artículo se toma lo liberal menospreciando lo de católico. Y hacen bien, pues lo de católico es pura farsa en dicho artículo; pero tenemos, por consecuencia, que lo de católico, aun siendo farsa, desaparece y lo liberal se queda. Porque lo de Bilbao no es un hecho aislado; vase repitiendo con frecuencia, agravado por otros síntomas no menos significativos.

El «gobierno», queriendo con franqueza cada vez más descarada, contentar á la demagogia sectaria antes que á los católicos, excusa los desmanes de aquélla motejando á éstos de *clericales*. Allá andaban los revolucionarios ocupados en combatir al *clericalismo*, sin que el gobierno hubiese adoptado hasta hoy la estúpida y malvada idea de dividir lo clerical de lo religioso; mas ahora lo ha dividido ya, y nada menos que por boca del presidente en un Consejo de ministros presidido por D. Alfonso. Según Villaverde, los católicos somos *clericales*, no religiosos, y por eso se nos combate. Buenos, buenos síntomas...

Otro hay gravísimo. En países muy sectarios aumenta la ilustración pública mientras los católicos, y sobre todo el Clero, pueden ejercer la facultad de enseñar, y decae tan pronto como se les niega. Lo que sucede en Francia es una prueba evidente. En España acaba de probar también Villaverde que la instrucción pública corre la misma suerte que el catolicismo.

Villaverde, el butibamba de los hacendistas, no se satisface con ver en España no menos de tres mil escuelas de primera enseñanza desiertas, porque apenas hay ya quien se lance á ese magisterio para... morirse de hambre. No se satisface, sino que, metido

en sus economías, aumenta en una fabulosa millonada los presupuestos de Guerra y Marina, y para restañar tan enorme sangría se vale de los presupuestos de Culto y Clero y de Instrucción pública. Sólo á este ramo acaba de quitarle de golpe y porrazo *setecientas mil pesetas*... Y ¡viva el progreso!

¿Dicen algo todos estos síntomas?

(*La Señal de la Victoria*, núm. 3=15 Octubre 1903).

VII

Nuevos síntomas.

Hasta ayer, como quien dice, los impíos de toda casta que pululan por esta España infeliz designaban á todo católico con el mote genérico de *carlista*, por lo que tocaba á la acción exterior, así como con el de *jesuíta* por lo demás. Y eran carlistas las peregrinaciones, las procesiones, los jubileos, las misiones, en fin, toda suerte de manifestación religiosa era carlista.

El odio feroz á lo que ellos entendían por carlismo hizo cometer á los gobiernos crímenes sin calificativo y sin número, y á las turbas atropellos brutales como los varios cometidos en Valencia, señaladamente el cometido con el Marqués de Cerralbo.

Desde el monstruoso aborto de Galdós-Electra, con las cosas han variado los motes: gobernantes y demagogos, todos han dado en la flor de llamar *clericalismo* á lo que antes llamaban carlismo, y parece que del carlismo no hacen ya el mayor caso, á no ser por lo que tenga de católico, ó en su jerga, de *clerical*.

De tiempo acá, dejan pacíficamente á los carlistas celebrar sus reuniones, puertas adentro ó al aire libre. Mella, por ejemplo, puede ir por Cataluña asombrando á las masas carlistas con sus grandilocuentes discursos, sin que ningún demagogo se le atra-

viese. Pero esos mismos oyentes de Mella, esos mismos carlistas que pacíficamente se reunen, van á un jubileo, á una romería, como la de Begoña, y van otros tantos ó más con ellos, de modo que su fuerza es doblada; y entonces, no obstante el mayor número y la mayor fuerza, los descamisados de la demagogia les salen al paso blandiendo el puñal y disparando el revólver, con mueras á Cristo y su Madre Santísima.

Si á raíz del monstruoso atentado de Bilbao, cuyo primer culpable es el gobierno, va Mella al mismo Bilbao y pronuncia discursos y en su honor se celebran banquetes, entonces los foragidos permanecen quietos ó dedican sus malvados ocios á declararse en huelga.

No les estorba ya lo de políticos, sino lo de católicos, lo de *clericales*, como ellos dicen. Vaya Mella en romería con sus oyentes á un santuario, sin más objeto que rendir un tributo de amor á la Celestial Madre, y verá como no les dejan ir tan á la llana.

El Diputado católico Sr. Urquijo, que tanto se distinguió en los sucesos de Bilbao, trata de ellos en el Congreso apenas se abren las Cortes; y no obstante su comedimiento, el Congreso en pleno, excepto los cinco ó seis católicos, da visibles muestras de disgusto porque allí se defiende la religión y el derecho de los católicos. No dió, no dará tales muestras de empacho al ser defendidos los derechos de tal ó cual partido.

Las pruebas son clarísimas. Lo que hoy estorba á los impíos no son los partidos, sino la Religión. Ven que no son meros partidos políticos los que pueden echarlos pronto al infierno, sino los católicos en cuanto tales, y quisieran acoquinarles de miedo, ó acabar con ellos, antes que ellos acaben con todo bicho humano que no se haga hombre adorando á Cristo.

Repitámoslo con el ilustre Sr. Fernández Valbuena:

«Hay en España dos partidos, mejor diríamos, dos fuerzas... Son la Iglesia Católica por un lado y la sinagoga de Satanás por otro. Las demás agrupaciones que con el nombre de partidos pululan entre nosotros, no merecen que se las tenga en cuenta ante la magnitud de las dos fundamentales; ni conservadores, ni fusionistas, ni demócratas, ni republicanos, ni monárquicos, ni carlistas, ni integristas, ni alfonsinos, ni ninguna de tantas fracciones en que se hallan divididos los españoles, tienen importancia alguna fuera de las dos grandes síntesis de católicos y acatólicos; y solamente pueden significar algo en cuanto que con sus fuerzas aumenten la de uno de aquellos fundamentales centros de acción. Ya no es la lucha de menudencias, se trabaja por la victoria definitiva entre el principio bueno y el principio malo; entre Jesús y Belial, y no hay medio hábil de sustraerse á los hechos».

Los artículos de fondo que de algún tiempo acá trae *El Correo Español* parecen la mejor confirmación de eso que ya todos ven. Poco ve el que no lo ve con claridad meridiana. Y cuenta con que los ciegos podrán llamarse tradicionalistas; pero jamás lo serán tanto como el Sr. F. Valbuena y como nosotros. Si alguno de ellos se ofende por lo expuesto, compadeceremos su ceguera, mas no por eso dejaremos de hablar en católico, sin la más mínima intención de ofender á nadie.

(*La Señal de la Victoria*, núm. 5=29 Octubre 1903).

VIII

Estragos de la prudencia.

El silencio que desde hace muchos años se viene imponiendo á los católicos; la templanza y transigencia que un día y otro se les ha predicado; la severidad con que se ha corregido á aquellos que en el ardor de la contienda ejecutaron algo que se juzgaba

exceso; la constante labor de los que esperaban ópimos frutos con el empleo de un sistema de atracción y concordia, todo lo que, en una palabra, constituía la aspiración y el programa de católicos excelentes, pero visiblemente equivocados, ha sido pulverizado y barrido por la realidad de los hechos que pasan y se suceden con lógica brutal que salta por encima de opiniones y jerarquías.

¡Prudencia, prudencia! ¡No irritemos á la fiera! ¡Acariciémosla, y procuremos, entre caricia y caricia, cortarle las uñas y limarle los dientes!

Y efectivamente; esos dientes y esas uñas han desgarrado las carnes de los inocentes y candorosos domadores y de todos los católicos que contemplaban el espectáculo.

Pero con ser eso muy grave, no lo es peor. Lo peor es que en todas partes, incluso en regiones como ésta donde los sentimientos parecían más vivos y delicados, llegan los zarpazos hasta las entrañas de la víctima y ésta no se mueve ni se queja. Señal evidente de que se trata de carne muerta.

La prudencia excesiva la ha matado.

(*Luz Católica*, núm. 56=24 Octubre 1901).

IX

Después de los años mil...

Lo que pasó y lo que pasará moralmente en España.

(Imitación de Jeremías, por Alfonso el Sabio).

«Después que la batalla (del Guadalete) fué acabada, desventuradamente fueron muertos los unos é los otros...

E fincara toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huéspeda de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus fijos, confondida de los bárbaros, desmedrada por llanto é por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los suyos...

España que en otros tiempos fué llegada por espada de los romanos, después que guaresciera é cobmenzará por melesina é bondad de los godos, estonces era quebrada, pues que eran muertos é aterrados quantos ella criara.

Olvidados le son sus cantares, el su lenguaje ya tornado es en ajeno, ó en palabra extraña.

España mezquina cató la su muerte; fué cuitada, que solamente non fincó aquí nenguno que la llantee: llamenla dolorida é mas muerta que viva.

Suena la su voz así como en el otro siglo, é sale la palabra así como de so tierra; é diz con la gran cuita: Los homes que pasades por la carrera, parad mientes, é ved si hai cuita nin dolor que semeje con el mi dolor.

E llantos dolorosos é alaridos España lloró. Los sus ojos non se pueden conortar, porque ya non son. Las sus casas é las sus moradas todas fincaron yermas é despobladas.

La su honra é la su prez tornada es confusión, ca los sus fijos é los sus criados todos murieron á espada.

Los nobles é los fijodalgos cayeron en captivo. Los príncipes é los altos homes idos son en deshonra é en denuesto: los buenos combatientes perdiéronse en extremo, é los que antes estaban libres, estonces se tornaron en siervos...

El que fué fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é ligero de pies non guaresció á las saetas...

¿E quien daría á mí, agua con que toda mi cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, que siempre manasen

lágrimas, porque llorasen é plañiesen la pérdida, é la muerte de los de España, é la mezquindad, é el aterramiento de los godos?

Aquí se remató la santidad é la religión de los obispos é de los sacerdotes; aquí quedó é menguó el abondamiento de los clérigos que servían las igresias; aquí peresció el entendimiento de las leyes de la santa fe, é los padres é los señores todos perescieron en uno...

Toda la tierra astragaron los enemigos, é las casas hermaron, los homes mataron, las cibdades robaron é tomaron...»

(Crónica de España por D. Alfonso el Sabio).

(*Luz Católica*, núm. 56=24 Octubre 1901).

X

Ignominioso.

Voy á contar un episodio de nuestras guerras de Reconquista.

Mil moros acometieron un día el campamento del ejército cristiano, compuesto de *cien mil* combatientes. Iban éstos bien armados y con los príncipes de la Iglesia y del Estado al frente, y aquéllos empuñaban sendas y roncas trompetas por arma, atronando los espacios con su horroroso estruendo.

Al oír los cien mil soldados cristianos aquel fragor infernal de los mil moros, lejos de atacar á éstos temieron; porque *no eran más que ciento para cada moro*. Entraron, pues, los jefes en conferencia, no para atacar, sino para discurrir, con la prudencia del miedo, la manera de contentar á los mil moros trompeteros, esperando amansarlos y hacer paces con ellos.

Los cien mil soldados, sometiéndose á la prudencia de sus jefes civiles y eclesiásticos, y no acordándose de que Pelayo, el Cid y otros mil y mil héroes de la Reli-

gión y la Patria se levantaron por éstas sin consultar prudencias de Jefes egoístas y poltrones, permanecieron inactivos; mas llegados los moros, y advirtiendo el miedo y la cobardía de sus contrarios, no sólo no aceptaron las proposiciones de paz, sino que desenvainaron sus alfanjes y empezaron á segar cabezas. Los mil alcanzaron de los cien mil una terrible victoria, que fué para España una deshonra grande como cien mil deshonras.

Supongo ya á mis lectores bastante indignados con aquellos miserables que de tal modo se dejaron exterminar. Está bien; no depongan su indignación si les digo que por equivocación he atribuído á bravos católicos de entonces lo que hacen los pusilámines católicos de ahora. Aquel supuesto episodio es nuestra historia presente; aquellos cobardes somos nosotros; aquellos moros son los impíos que en Valencia y varias poblaciones de otras provincias han logrado que las procesiones no salgan; que los católicos no canten el Rosario ni siquiera en los templos; que los niños no puedan ser públicamente consagrados á Dios; que los sacerdotes apenas podamos andar por las calles; que en público y á mansalva se excite las turbas al saqueo, al incendio y al asesinato.

Son los que en el Congreso de los Diputados proclaman santo el liberalismo y más que nunca lo defienden en sus periódicos contra la Iglesia y todos los fieles; son los que en el teatro Español de Madrid llegan al paroxismo del furor, clamando por el exterminio del clero y de los conventos; son los que someten á la justicia laica la vocación religiosa y recorren las calles de Madrid dando mueras á la Religión; son los que en Barcelona y Zaragoza y en toda España se aprestan á acabar con nosotros á sangre y fuego. Son uno contra ciento; somos ciento contra uno, y aun cien veces ciento; y estamos acampados con apatía criminal, esperando estúpidamente la muerte de nuestra fe ó de

nuestra vida, fiados en la prudencia de los jefes de uno y otro orden...

¡Oh gran Matatías! ¿A qué prudente pediste consejo para lavantarte con tus Macabeos contra los Apolonios y los Antíocos? Si yo no te imito como Dios me dé á entender, soy tan cobarde y tan miserable y traidor á mi Dios y á mi Patria como todos los que por miedo se someten á la más ignominiosa de las derrotas...

(*Luz Católica*, núm. 19=7 Febrero 1901).

XI

«Sibbolet»

Es necesario un diluvio de sangre para anegar en ella los vicios y pecados de esta sociedad maldita; y el que lo dude, el que lo niegue, el que se empeñe en no ver como viene Jefté á degollar á los efrateos, ó cómo baja ya el Angel Exterminador para pasar á espada el ejército de Senaquerib, ese se levanta con la más ignorante ó presuntuosa de las soberbias contra el Apóstol que dijo á los Hebreos (IX):

«En el segundo tabernáculo sólo entraba el Pontífice, una vez al año y no sin llevar allí sangre, la cual ofrecía por sus ignorancias y las del pueblo... Ni aun aquel primer testamento fué celebrado sin sangre. Según la ley, casi todas las cosas se purifican con sangre, y *sin derramamiento de sangre no se hace la remisión*».

Cierto que esto alude á los ritos antiguos, no á los de la Iglesia, cuyas víctimas son mejores que las de Israel; pero en cuanto por la sangre se satisface á la justicia de Dios, pagando con sangre los vicios y pecados á que la sangre nos induce, tanto ó mayor cumplimiento tienen ahora que entonces las palabras

del Apóstol. Para sanar al mundo y satisfacer por sus pecados, Dios mismo derramó su sangre porque ninguna sangre bastaba. Y pues la muerte es pena del pecado, el pecado no se paga sin muerte; y para un pueblo de idólatras y *liberales* con quien Aarón *prevarica sin dejar de creer en Dios*, no hay otra medicina que el degüello de veintitres mil hombres, al mismo pie del Sinaí donde Dios pronuncia su Ley; sólo después de tal hecatombe llora el pueblo su pecado y recobra su libertad verdadera.

Y es muy de notar que aquel degüello fué ordenado por Moisés, de quien el Espíritu Santo dice que *era el hombre más manso de la tierra.*

Pues bien; hoy no tenemos un solo Aarón que autorice las libertades de perdición proclamadas por los apostátas; hoy pululan miles de millares de Aarones grandes y chicos; lo que no hay es un Moisés que, siendo modelo de mansedumbre, mande degollar á todos los prevaricadores. Mas si no hay un Moisés, puede venir de los montes un Jefté con unos cuantos bravos para exterminar á los efrateos, hijos de los liberales del Sinaí, tomando moralmente el *Sibbolet* como sentencia de muerte de todo efrateo que niegue su origen y mienta, en vez de arrepentirse y pedir perdón.

Los Aarones forrados de efrateos, los efrateos á quienes descubre su *Sibbolet*, son cada día más numerosos, más atrevidos y se levantan en guerra contra Jefté. No iremos á buscarlos muy lejos, que cerca los tenemos. Precisamente sobre el funesto Silvela y sus declaraciones de libertad para el error ha dicho tales cosas un diario *muy católico*, que para mí, no hay catolicismo peor que el del tal periódico. He aquí una pequeña muestra del *Sibbolet* de este efrateo:

«Hay que confesar que la formación del actual gabinete (Silvela-Maura) *no impresionó desfavorablemente á las personas sensatas.* La entrada del Sr. Maura, hombre enérgico y que tenía hechas declaraciones *muy concretas, sobre todo en lo*

que se refiere á las Ordenes religiosas, ANIMÓ Á LOS AMANTES DEL ORDEN Y Á LOS CATÓLICOS PRÁCTICOS.

Nos tienen tan acostumbrados á lo malo, que ya *nos contentamos con muy poco.*

Pero apenas recibida aquella favorable impresión, ha venido el Sr. Silvela á *enfriarnos* con algunas declaraciones que constan en la nota oficiosa del último Consejo de ministros.

Nosotros tenemos alguna esperanza de que lo dicho por el Sr. Silvela no sea otra cosa que una nueva demostración de su falta de energía para declarar con decisión aquello precisamente que está en su ánimo realizar».

Sólo se ha *enfriado* este periódico, que por lo visto *ardía* de entusiasmo por Silvela y Maura; y es tal su *enfriamiento,* que aun le permite andar buscando excusas y paños calientes en pro del objeto de sus *ardores enfriados.* Con todo esto, habiéndose *enfriado,* se le puede poner el siguiente dilema:

O creías que Silvela y Maura eran capaces de proclamar la libertad para el errror, y en ese caso eres un solemnísimo hipócrita diciendo lo contrario; ó sinceramente creías que no eran capaces de eso, y entonces eres un solemne tonto que tomas las ortigas por malvas. De todos modos estás juzgado.

Las dos cosas puede ser, hipócrita y tonto, ó presumido. Esas son las condiciones que se exigen para meter la pluma en toda materia, sea de Teología ó de culinaria, diciendo *blasfemias santas* contra dogmas santos con *intenciones santas*, y esas condiciones demuestra á veces tener el periódico enfriado, cuando entra de intento ó por incidente en materias de religión. Pocos días hace, discutiendo con un periódico librepensador, decía esta barbaridad piramidal: «También *ha salido* el Sr. J. R.... escarneciendo las justicias de Dios *según las creemos* RAZONABLEMENTE *los católicos*». Y yo *salgo* exclamando con David: *Homines et jumenta, salvabis, Domine!*

Dejando á esta empecatada ciudad, donde á tantos efrateos periodistas traiciona el *Sibbolet*, nos vamos á la villa del oso y del madroño; y topamos con un

colega no menos «católico». El *Sibbolet* suena otra vez.

La cita es tomada del día 9:

«Deducen algunos, con lógica que deseamos á nuestros enemigos, que el avance del mal no es cosa que debe afligirnos, porque es señal de que se avecina el término de lo malo. ¡Qué ilusión tan engañosa, tan pérfida y tan funesta! Que Dios haya hecho alguna vez venir el bien después del mal, verdad es; pero ni siempre lo ha hecho así, como no ha resucitado más que á Lázaro y á otros pocos, ni deja de ser ese hecho, cuando ha sucedido, uno de los milagros de la divina Omnipotencia, y de pertenecer al orden sobrenatural, en el que debemos creer, pero con el que no debemos contar temerariamente. En el orden natural de las cosas, éstas caen del lado que se inclinan, y si se inclinan hacia lo malo, van de mal en peor, y así lo acredita la experiencia».

La atmósfera está caldeada, cargada de miasmas, es pesadísima, irrespirable; y el higrómetro está en los 100° de humedad que afloja todos los músculos; y el electrómetro acusa una abundancia de electricidad atmosférica que destroza los nervios; y hace un año que no llovió y las cosechas se pierden; y todos desean que estalle el rayo y retumbe el trueno y las condensadas nubes se resuelvan en copiosa lluvia, que purifique la atmósfera, refresque la tierra y dé vida á las plantas, «porque es señal de que se avecina el término de lo malo»; pero «¡qué ilusión tan engañosa, tan pérfida y tan funesta!» quiero decir, ¡qué *Sibbolet* tan efrateo!

Son unos ilusos pérfidos y funestos los que tal lluvia desean; el efrateo de la corte lo asegura, ese que sabe y dice que «Dios ha hecho *alguna vez* el bien después del mal», contra los que sabemos y decimos con el dogma católico que Dios *nunca*, *nunca* consiente el mal sino para que después venga el bien, un bien cuya magnitud hace las más veces exclamar á los providencialistas, imitando al sublime autor del *Exultet jam:* «¡Oh feliz mal, que tanto bien nos has traído!»

El *Sibbolet* de este efrateo significa también que Dios no resucitó más que á Lázaro y á *otros pocos,* unos pocos que realmente algunos Santos hicieron llegar á un regular número de millares. Y asimismo significa que no debemos esperar *prudentemente*, con prudencia católica, en el favor de la divina Providencia; porque el efrateo no admite medio entre milagros y hechos vulgares, ni reconoce la acción de Dios en cosas de especial Providencia ordinaria. O lo extraordinario y sobrenatural *quoad se*, ó no hay Providencia: ó la resurrección de Lázaro, ó nada: y aquí no hay medio.

«Debemos creer en el orden sobrenatural; pero no debemos contar con él *temerariamente*». Si debemos contar con él *no temerariamente,* esto es, católicamente, ortodoxamente, piadosamente, esa no es cuenta del efrateo; su cuenta es ir entibiando poco á poco la fe en la divina Providencia, porque así lo piden las necesidades del régimen zaparrastroso del *Sibbolet* liberal ó efrateo, y así la condescendencia criminal de estos Aarones que creen firmemente en Dios y fomentan la libertad del pecado.

El primero que públicamente proclamó á Jesús Hijo de Dios, fué el demonio por boca de un poseso. Pues si el demonio pudo decir tal verdad, no es mucho que Blasco Ibáñez dijera esta otra en su periódico, refiriéndose nominalmente, pocos días ha, á esos «católicos» periodistas de nuestro cuento: «Conozco esa lógica de sacristía, que discurre en las columnas de ciertos periódicos, *como podría discurrir un zapato*».

De las místicas *sibboleterías* de los modernos efrateos á negar que los Angeles puedan traer la Cruz de la Victoria, y que ocupen el lugar de San Isidro Labrador, y que la oración de Moisés alcance el favor del cielo contra los enemigos de Israel, va muy poco, y harto menos cuando se toma por *oriflama* la libertad para esos y otros *errores*. Y esos fueron los que *El Es-*

pañol, órgano del Maura querido de los nuevos efrateos, estampó á principios de Agosto último diciendo:

«Sólo á viejas y á niños encanta ya el relato de aventuras en que intervienen duendecillos y fantasmas: sólo espíritus muy inocentes, libres del contagio de la incredulidad reinante, se recrean ante la visión de seres celestes, interviniendo en los negocios de los hombres, labrando la cruz destinada á premiar la virtud de un rey, roturando el campo de algún varón bienaventurado...., sólo, en fin, almas muy cándidas creen que la protección del Dios de las batallas se alcanza con elevar al cielo las manos inermes cuando el peligro arrecia».

Y ¿cómo se ha de lavar tanta incredulidad, tanta apostasía, tanto error, tanto escándalo, sino con un río de sangre como el que corrió al pie del Sinaí? ¿Cómo se ha de acabar con las traiciones y soberbias de los hipócritas efrateos, sino enrojeciendo con su sangre las aguas del Jordán?

«¡Espada, espada, sal de tu vaina para degollar, afílate para dar la muerte y relumbrar, prepárate á descargar tus golpes en los cuellos de los impíos, para quienes llegó el plazo señalado á su maldad». (Ezech., *XXI*, *28 y 29)*.

(*Luz Católica*, núm. 116=25 Diciembre 1902).

XII

La Corte del Gran Monarca.

La primera carta de San Francisco de Paula, reproducida en el número 5 de *Luz Católica*, dice, según recordarán nuestros lectores:

«Los primeros que pertenezcan á esta Orden (la religioso-militar de los Crucíferos) serán de la ciudad de..., ciudad en la cual abundan mucho la iniquidad, los vicios y los pecados. Se trocarán los de esta ciudad de mal en bien, de rebeldes á Dios en siervos suyos fidelísimos y fervorosísimos. Será tal ciudad amada de Dios y del Gran Monarca elegido y amado del Altísimo.

«Por virtud del lugar de... todas aquellas almas santas que han hecho penitencia en dicho lugar, rogarán en la presencia de Dios por aquella ciudad, la hará libre y corte del imperio, y vendrá á ser una de las primeras ciudades del mundo».

¿Qué ciudad es esta tan privilegiada? Años ha que lo sospechamos ó, por mejor decir, lo sabemos: es Valencia. Si no temiéramos extendernos demasiado, daríamos aquí pruebas terminantes de que hace ya mucho tiempo que lo pensamos así. Esto no prueba que lo sea, claro es: ¿qué puede importar una afirmación nuestra, sea vieja ó nueva? Pero prueba que nuestra idea tiene alguna razón por su parte, cuando por tanto tiempo se mantiene firme.

En efecto, muchas razones tenemos para afirmar que la corte del Gran Monarca, *la ciudad donde éste empezará*, es Valencia. Hasta hace poco, creímos también, siquiera muy lejanamente, que podría empezar en Barcelona; hoy no pensamos así; hoy nos quedamos con Valencia. Querrán nuestros lectores saber las razones y no se las podemos dar por ahora. ¿Por qué? Lo diremos, á riesgo de ser inmodestos.

Hemos hecho de las profecías un estudio muy largo, un examen crítico muy detenido; las hemos meditado mucho y consultado mucho en presencia de Dios; y así como hemos hallado mucha paja entre el buen grano, así hemos hallado también grano en abundancia y razones que no serían comprendidas sino de los que se toman el trabajo de estudiar las profecías como nosotros. ¿Quién se toma este trabajo? Nadie que sepamos. Pues siendo así, no es razón que digamos lo que no se ha de apreciar en su justo valor.

Verdad es que á fuerza de explicaciones se comprendería algo; pero ¿es prudente darlas? Creemos que no; y además, siendo sólo *algo*, es decir, poco, no vale la pena de perder el tiempo. Con esto no queremos decir, en ningún concepto, que tengamos más aguda inteligencia que los otros, sino que hemos

estudiado más, lo cual nos pone en condiciones de ver más. Podríamos dar razones de mucho peso, y se reputarían leves, así como los ojos bien organizados distinguen muy bien la luz y los objetos que los ojos débiles ó enfermos distinguen confusamente, ó como dijo San Agustín: *oculis aegris odiosa est lux, quae sano est amabilis.*

Una sola cosa podemos declarar, porque sólo de algunos días á esta parte nos hemos dado perfecta cuenta de ella; no la habíamos reparado antes. De las cartas de San Francisco de Paula parece desprenderse que la privilegiada ciudad le ha de ser devota. Pues bien; Valencia tiene tal devoción á este bendito Santo, que no conocemos ciudad alguna de España ni de fuera que le profese tanta. El que lo dude, pásese estos días por San Sebastián, donde se conserva un hábito del Santo y está establecida su Tercera Orden; ó por los Santos Juanes, donde está su congregación; ó por San Esteban, donde tan espléndido culto le están dando muchos de sus devotos, y verá cómo se celebran en Valencia los trece viernes de San Francisco de Paula, y luégo díganos si en otra parte del mundo se le da culto con tanta devoción y esplendor.

Para nosotros, Valencia es la ciudad del Gran Monarca, sea éste quien sea, venga de donde venga, esté ya entre nosotros ó esté lejos, sea pecador ó sea justo.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

XIII

De la misma corte.

Por el Sr. Gómez Castillejo, Pbro.

PROP. 35. El P. Corbató *no* muda de parecer al estampar en su Revista una vez que la corte del Gran Monarca será Valencia, y otra que Barcelona.

He aquí una aparente contradicción, ó mejor dicho, una mala inteligencia de los pasajes en que de esto se habla.

La opinión del P. Corbató en cuanto á la corte del Gran Monarca, al interpretar las profecías referentes á este asunto, es, y siempre ha sido, que será Barcelona; al pronto duda si será Barcelona ó Valencia; estudia y medita más, y el efecto de esta meditación y estudio es decidirse por Barcelona, aunque también cree que el reinado del Gran Monarca, así como la Orden de los Crucíferos, *tendrán principio* en Valencia. Mas trasladada *definitivamente* la corte á Barcelona, quedará también Valencia como ciudad real, ó corte menor, así como lo es en la actualidad Aranjuez respecto de Madrid.

Vamos á probarlo con citas y palabras del P. Corbató, erudito y fiel intérprete de las profecías referentes al Gran Monarca.

1.° En la carta primera de San Francisco de Paula á Simón de la Limena, se dice: «Los primeros que pertenezcan á esta orden serán de la ciudad de...»

Sobre este punto hay una nota que dice: «Se omite el nombre en el original; pero nuestro intérprete (el P. Corbató), por graves y largas razones que expondrá en otra ocasión, tiene por casi cierto que esta ciudad es Valencia, aunque también *podría ser* Barcelona».

Prosigue la carta, en el párrafo penúltimo: «y coronado que sea (el gran Capitán de la Santa Milicia del Espíritu Santo) de tres admirables coronas, exaltará aquella ciudad, la hará libre y corte del imperio...». (*Luz Católica*, pág. 71, del T. 1.°).

Por donde la corte del Gran Monarca, según opinión del P. Corbató, en este lugar, será Valencia, aunque también *podría ser* Barcelona. Se inclina más por Valencia, aunque no rechaza á Barcelona.

Y este es el primer grado de su opinión.

2.° «Muchas razones tenemos para afirmar que la corte

del Gran Monarca, la ciudad donde éste *empezará*, es Valencia. Hasta hace poco, creímos también, siquiera muy lejanamente, que podría empezar en Barcelona; hoy no pensamos así; hoy nos quedamos con Valencia». (T. 1.º de *Luz Católica*, página 284, col. 1.ª).

De aquí se sigue que el P. Corbató continúa teniendo, como antes, á Valencia como corte del Gran Monarca; pero como corte en donde *empezará* su reinado, no como corte definitiva; por eso aunque excluye otra vez á Barcelona, no es en absoluto, sino en cuanto á no ser la ciudad en donde *empezará* la corte del Gran Monarca. Lo cual no excluye el que Barcelona pueda ser después corte *definitiva*, quedando Valencia como sitio real.

3.º «...En nuestra opinión, el Gran Monarca y sus Cruciferos *empezarán* en Valencia; pero una vez arregladas las cosas, fijará aquél su corte en Barcelona...»

«Valencia obtendrá la misma suerte *en cuanto quepa*»: (de ser corte del imperio y una de las principales ciudades del mundo).—(*Luz Católica*. T. 1.º, pág. 753, col. 1.ª al fin, y principio de la 2.ª).

Aquí ya confirma el P. Corbató que Valencia será donde empiece la corte del Gran Monarca y asegura que éste la *fijará definitivamente* en Barcelona: quedando Valencia como corte inferior ó sitio real.

4.º Habla entusiasmado el P. Corbató de los privilegios de Barcelona, y adelanta en su opinión de que ésta será la corte *definitiva* del Gran Monarca, convirtiéndola en convicción, y diciendo:

«Barcelona será la moderna Covadonga de la Reconquista contra la dominación liberal, no sólo en España, sino en todo el mundo, y en consecuencia será la corte del Gran Monarca prometido por mil santos profetas á nuestra abatida raza». (*Luz Católica*. T. 2.º, pág. 498, col. 2.ª).

Aquí tiene el Sr. *Vindex* el desarrollo metódico y concienzudo de las opiniones del P. Corbató sobre la corte del Gran Monarca. Muestre la contradicción. ¿Cómo la ha de mostrar si no la hay?

Dijo primero que también *podía* ser Barcelona (la

ciudad en donde empezaría la Corte); después de mayor estudio, asegura que no *empezará* en Barcelona, sino en Valencia. Y en esto no hace sino resolver en favor de Valencia una duda, cuya resolución se disputaban ésta y Barcelona. En tercer lugar vuelve á asegurar que la corte *empezará* en Valencia y se fijará *definitivamente* en Barcelona.

Y desde este punto, aclaradas con el estudio y meditación sus dudas, siempre dice lo mismo de Valencia que de Barcelona.

¿Y á esto llama *Vindex* contradecirse?

Entonces todos los sabios, todos los intérpretes de las Sagradas Letras, y los investigadores de la naturaleza se han contradicho; porque ¿quién de ellos no ha afirmado con *certeza* lo que antes afirmó *con duda?* ¿Quién no emitió afirmaciones que parecían estar en contradicción, sin estarlo, para aquellos que podían descubrir en una afirmación, que si lo era respecto á un objeto *simpliciter,* lo era respecto de otro *secundum ubid*, ó viceversa?

Efectivamente; el P. Corbató ha afirmado que Valencia y Barcelona serán cortes del Gran Monarca; pero aquélla como principio, ésta como fin: aquélla provisional, ésta definitiva.

En resumidas cuentas; ¿que podía alguna vez el P. Corbató contradecirse ó equivocarse? ¿Y qué? Lo que entonces se vería, es que en aquel punto es falible y no profeta; que no acertó en aquel punto de interpretación de las profecías. ¿Y por eso se habría de decir que éstas son falsas? De ningún modo.

Esa no es legítima consecuencia.

(*Luz Católica*, núm. 119=15 Enero 1903).

XIV

El autor del «Liber Mirábilis» al nuevo Savonarola.

«¡Oh tú, luchador intrépido, que te preparas contra los silbidos y mordeduras de la víbora!; aprende con qué armas debes combatir. He aquí tu armadura: la fe por escudo, la sencillez por coraza, por espada la oración; esas son las armas de que tú necesitas.

»¡Pluguiese á Dios que la verdad contase tantos defensores como enemigos, y que los que militan en favor de ella fuesen movidos por el amor mismo de la verdad! Entonces expondrían voluntariamente su vida por ella; pero desgraciadamente, si son pocos sus defensores, aun son menos los que la aman y siguen por sí misma. ¿Dónde están los que exponen su vida por ella?

»Recuerdo haber oído anunciar hace algunos años á aquel que con frecuencia hablaba públicamente al pueblo (Savonarola) que la indiferencia llegaría á ser el enemigo más terrible de la verdad, y que esta lucha sería más grave y peligrosa que la librada en otros tiempos por los mártires contra los tiranos (profecía hoy plenamente confirmada); porque, en efecto, al llegar el tiempo de aquélla, el hombre justo se hallará en presencia de un poder dos veces armado, con espada espiritual y con espada terrena. De esta suerte apretado, digámoslo así, el justo entre dos barreras, si teme faltar á su conciencia, no menos teme apartarse de la verdad; alternativa difícil y penosa para el hombre que, siendo de una naturaleza débil, no puede resistir estas conmociones.

»Aquel que hablaba públicamente añadía también que la fe tendría que combatir al mismo tiempo con la prudencia eclesiástica y con la prudencia seglar, con la malignidad franca y la solapada, con la tibieza y la hipocresía.

»Acordaos que así ha sucedido desde el principio del mundo, y que siempre la verdad ha tenido en la arena del combate la impiedad por enemiga; pero el combate nunca ha sido dudoso, y el Evangelio vencedor en todas las luchas que le fué preciso librar, al fin triunfó de todos los esfuerzos de la mentira. Así la Iglesia, aunque herida algunas veces en la lid, siempre obtuvo la palma, siempre salió gloriosa y triunfante del combate.

»Armate contra los indiferentes ó tibios, combátelos con

ardor; no temas su poder, ni su ciencia, ni su malicia, porque las armas de que estás revestido te dan segura protección y el Señor está contigo. Confundidos serán tus perseguidores, y tú serás glorificado en el gozo del Señor. Esos incrédulos, esos tibios que momentáneamente se atreven á negar tu superioridad, pronto se verán forzados á confesar su impotencia, su vergüenza y su remordimiento.

»Hace ya cinco años *(sic)* que te ves en el trance de tener que soportar las violencias de su choque, y sin embargo, no te has abatido, antes al contrario, has crecido y te has ganado las alabanzas y los efectos de los hombres de bien. Alégrate de esto, Esposa de Cristo; cuanto más adversarios tengas, más segura puedes estar del apoyo del Señor.

»En vano el dragón infernal, más furioso que nunca, rodando sobre sus inmensos anillos, erguida la cabeza y echando fuego de los ojos, arroja contra ti su soplo envenenado. Reconcentrando todas sus fuerzas, lánzase al combate con toda furia, para impedir la salud de las almas; pero es en vano, porque, como dice Zorobabel, la verdad permanece y prevalece eternamente, y vive por los siglos de los siglos: escrito está que *la verdad vivirá eternamente.*

»Á Dios, bravo luchador. *Deo gratias.*»

(*Luz Católica*, núm. 15=10 Enero 1901).

XV

El «Adviento» del «Deseado».

Rorate, coeli, desuper...

¡Señor, que perecemos!... Violenta
ruge la tempestad;
y la pobre barquilla de la Patria,
envuelta en agua, zozobrando va.
El relámpago ruge en las alturas,
en lúcidos zig-zags;
hórrido el trueno allá al confín retumba;
brama doquiera horrísono huracán.
Y la pobre barquilla de la Patria,
rota y desecha ya,
en el mar sin confín de la desgracia,

envuelta en agua zozobrando va...
Pecamos, Señor Dios; indignos somos
de lástima y piedad.
Pecamos, Señor Dios; pues consentimos
blasfemase el impío ante tu altar.
Pecamos, sí; y tu divinal Justicia,
sobre el pueblo desleal
ha caído pesada y manifiesta,
nuestras faltas, Señor, para vengar.
Reyes has consentido, que procuran
placeres y caudal;
gobernantes sin ley que nos subyugan
y azótannos al rostro sin piedad.
Y la pobre barquilla de la Patria,
que azota el vendabal,
de babor á estribor y rechinando,
envuelta en agua, zozobrando va...
¡Piedad, Señor! Aun somos tus hijos.
¡Piedad, Padre inmortal!
Hijo pródigo, vuelve arrepentido
á Ti este pueblo, en busca de piedad.
Escúchanos, Señor; caiga tu mano
sobre el bando inmoral,
instrumento hasta hoy de tu justicia,
secuaces de la carne y de Satán.
¡Azótales, Señor! Alza tu mano,
y á una rodarán
sus planes cimentados sobre arena,
y su mismo recuerdo morirá.
Y la pobre barquilla de la Patria,
libre de lastre tal,
hacia el mar placentero de la dicha
gallarda y fácilmente engolfará...
¡Escúchanos, Señor! Serena el cielo,
y apaga el huracán;
abre las nubes ya de tu Justicia,
y llueva el cielo al *Deseado* ya.
Y calmada, á su acción, Naturaleza,
flores renacerán,
y el sol lucirá espléndido en el cielo,
y la armonía tornará á reinar.
Y al olor inmortal de las virtudes
de este pueblo leal;
bajo la mano experta del *deseado*
Monarca que los cielos lloverán,
Esta pobre barquilla de la Patria,

en marcha trïunfal,
por el mar esplendente de la gloria
feliz navegará...

UN CARLISTA CATALÁN,
amante de «Luz Católica».

(*Luz Católica,* núm. 64=24 Diciembre 1901).

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ÍNDICE

CAPÍTULO III.—Racionalidad de la cuestión, según los hombres previsores.

CAPÍTULO IV.—Racionalidad de la cuestión, según la inminencia de los acontecimientos.

CAPÍTULO V.—*(Continuación del anterior)*.—**Hoy y mañana.—Profecías confirmadas.**

CAPÍTULO VI.—Racionalidad de la cuestión, según el providencialismo y la crítica.